

SECCION SALVADOREÑA
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRAS
DE
ARTURO AMBROGI

PUBLICADAS:

BIBELOTS.....(agotada)
CUENTOS Y FANTASÍAS..... "
EL VESTIDO DE SEDA.....
MANCHAS, MÁSCARAS Y SENSACIONES
COSAS OLVIDADAS.....(agotada)
AL AGUA FUERTE.....

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN:

EL LIBRO DEL TRÓPICO.....
CUADERNO DE NOTAS.....

EN PREPARACIÓN

BREVIARIO SENTIMENTAL.....
LEIT MOTIV—(novela).....
CRÓNICAS MARCHITAS.....

BANCO SALVADOREÑO

Establecido en 1885.

Capital autorizado.	\$ 6.000,000
Capital llamado	, 2.520,000
Capital suscrito,	, 4.200,000
Fondo de reserva.	, 887,346.44

OFICINA CENTRAL: EN SAN SALVADOR

SUCURSALES :

En Santa Ana, Sonsonate, San Miguel,
Santiago de María.

y Agencias en las principales poblaciones del Estado.

Compra y vende letras sobre el exterior
y efectúa toda clase de operaciones
bancarias.

Por el Banco Salvadoreño

CALIXTO VELADO,
Administrador.

**AL
AGUA
FUERTE**

A LOS SEÑORES:

*Francisco Gavidia,
José B. Navarro,
Alberto Masferrer,
y José María Peralta Lagos.*

EL AUTOR.

Octubre 10 de 1901.



Página del mes de Mayo.

En el pueblo de A....., una mañana fresquesita, limpia y radiosa. El cielo de un gris azulado muy tierno y como prío lento, después de un duchazo. En el horizonte, la línea de montañas se agazapaba tras una soñadora muselina de niebla lechosa. En el ambiente soplaban una brisa suave, como una caricia castamente amorosa.

Sentado á la puerta de la casa en que me hospedaba, me entretenía observando las rondas caprichosas, las fantasías de enca-

je que en el espacio, apenas lleno de un tibi sol amarillento, tejían las golondriñas en medio de agudos piídos, y los grupos delicados que las mismas formaban sobre las blancas cornisas y en las cruces verdes del templo cercano, cuando la campana, clara, vibrante en el despertar de aquel día vagaroso, comenzó á sonar, lentamente primero, precipitada luego, atropellándose, llena de santa jovialidad, como entonando un epitalamio de pureza. Un murmullo de voces infantiles y de risas contenidas, me hizo salir de mi abstracción. Las golondriñas, al oír la campana, se desperdigaron asustadas. Unas se lanzaron, en un remolino de plumas, hasta borrarse en el horizonte; otras, se sepultaron en las espesuras de los follajes vecinos, mientras las más, como si fuésen á oír misa, se refugiaron en los aleros ó se detuvieron sobre los tejados del templo. En aquellos momentos, una procesión de niñas, todas vestidas de blanco, avanzaba por la calle, entre las miradas de los vecinos curiosos que se asomaban á sus puertas y ventanas. Pobres chiquillas! Iban con las cabezas arropadas en velos, un tanto ajados y amarillentos unos, otros nuevecitos y pretenciosos; y los trajecitos, que crujían al paso con

ruído de tela almidonada, ofrecían el aspecto de esa pobre elegancia de pueblo, ese atavío de gente humilde que quiere, en alguna ocasión, echar la casa por la ventana. A sus cuellesitos, y extendiéndose hasta sobre los hombros desnudos, llevaban anchos listones azules, de cuyos extremos, sobre el pecho, pendían medallas lucientes con la imagen de la Virgen. En canastillas, llevaban flores; las más pequeñas, que apenas se alzaban del suelo á la altura de una muñeca, desbordaban sus delantales de azahares, transparentes y lechosos; cual si fuesen de cera, y todos aljofarados de gotas de rocío, que temblaban como diamantes en los broches de gomosos aromas. Una rubia, cuya cabecita entre las blondas tenía destellos de moribundo sol de otoño, llevaba en brazos un opulento haz de azucenas cuyos tallos, casi arrastraban por los suelos; y en medio de aquel enjambre que iba, gárrulo, revoltoso, camino del altar de María, por sobre todas aquellas cabecitas erguidas, flotaban ramas verdes, palmas, todo en un confuso conjunto de blancuras, de verdos y de frescuras pintorescas, á que el sol daba un indecible encanto. Iban á ofrecérselo todo á María, en el mes de su glorificación....

En la fuente de la plaza anchurosa, que despertaba en un largo desperezamiento de claridad rosa y oro, un grupo de muchachas cogía el agua fresca en sus cántaros de barro, riendo alegremente. En otro extremo, hervía el mercado al aire libre, con su rumor confuso de colmena y su muchedumbre aglomerada. Las puertas de las casas se abrían, poco á poco. El pueblo se animaba. Los modestos jardincillos se ofrecían, llenos de vida en su pobreza, tras sus cercos de piña. Los pájaros, ebrios de sol tibio y de rocío, unían á la voz de los niños blancos, las notas de sus flautas prodigiosas, para celebrar, ellos también, en un gran himno, los prestigios de María, nuestra Señora. Grupos de viejecitas, bien abrigadas en sus rebozos, llevando enrollado á la muñeca su rosario de negras cuentas y entre los dedos temblorosos, el abollado devocionario lleno de estampas y colgado de cintajos, caminaban afanosas, con trotecitos de ratón, como si temiesen llegar cuando ya la misa hubiere principiado.

Un rudo campesino, de chaqueta de jerga y ancho sombrero de palma, detuvo su carreta frente al atrio de la iglesia, cerca de la gran cruz de madera sobre su poyo de calicanto y penetró;

mientras un chiquillo, tal vez hijo suyo quedaba, puya en mano, cuidando la yunta de robustos bueyes barrosos, cuyas colas en escobillón, cimbreaban sobre las ancas para espantar las moscas que les asediaban. El Alcalde, en traje de dril americano, realzada la cintura por una banda de hilo rojo, lustrosa la pechera de la camisa bordada, volando la punta del pañuelo de seda encarnada del bolsillo superior de la chaqueta, llegó poco después con su comitiva. Las campanas vibraban siempre, invocando á los fieles. En el ambiente estallaban los cohetes de tres bombas y sobre el campanario, asustando á los gorriones, flameaba una bandera nacional, crujiendo al viento con restallidos de olán.

Tomé mi sombrero, y salí. Mis pasos me guiaron al templo. Penetré. Estaba todo engalanado con flores, cortinas, ramas de mamey y palmas de coco; sargas de flores de la cruz, rojas y blancas, pendían de un extremo á otro de la tosca nave formando arcos. El pobre armonio, desvencijado y tartajoso, crujía sus antifonas polvosas bajo los dedos del maestro, un viejo músico jubilado. En el fondo, el altar, lleno de cirios, desaparecía bajo los ramos de flores, firmes en sus floreros de china dorada

prestados por los vecinos, cayendo de canastillas de junco ó desbordando de tarros de barro. El ruido de las pisadas era amortiguado por una alfombra de pino picado extendida sobre el enladrillado rojizo; el incienso difundía acres aromas, y el humo, que no encontraba por donde salir, quejaba dentro, flotando, difundiendo por toda la nave en una bruma copiosa.

La imagen de la virgen, remozada con atavíos nuevitos, sonreía á los fieles desde su gruta de gloria, como una madre que sonríe al hijo que despierta.

La procesión de niñitas se dirigió al altar, entre la gente arrodillada que silenciosamente les abría paso; y próximos á la barandilla, se pusieron de rodillas, como una bandada de palomas de paso que se aposentare. Una vez terminada la misa, desfilaron frente á la Virgen, depositando sus presentes. Iban, una á una: esta, sonriente en medio de un místico recogimiento; aquella, con carita de risa, como si hiciere alguna picardía pueril; esta de ahora, coquetue-la ya, mirando de reojo la nave. Una muñequita, al subir las gradas, tropezó, y su canastito de rosas se fué rodando por el piso. La chiquilla volvió los ojos á la Virgen, como increpándola del de-

sastre, y se retiró toda compungida, conteniendo el llanto. El sacerdote, bueno y feo el pobre, de sobrepelliz que ya dejaba asomar hilos blancos entre sus bordados marchitos, arreglaba con meticulosidad aquella primavera que invadía su iglesia destartalada.

“Tarascón,” mayo de 1900.





LA CULEBRA.

Medio día.

Ibamos por el angosto sendero trazado en el arrozal, de oriente á poniente, como un tajo de daga inglesa. Uno tras otro los cinco, tal como los chinos caminan en los libros de los viajeros llamados "de imaginación" por Louis Jaccoliot; y el sol, cayendo á plomo, nos aturdía. Era un sol, ebrio de fuego, que hacía arder en oleadas mudas de blondas llamas el desplegado mar de espigas maduras. Ningún sopro removía

aquella masa. El arrozal dormía, bajo el sol, su siesta de oro. Tranquilo, uniforme, apenas de trecho lejano en trecho lejano, interrumpida esa uniformidad magnífica por la abierta sombrilla verde de algún árbol. En alguno de ellos, que no podíamos precisar, un pájaro hacía *chiiuuy chiiuuuuyy joojuiii*, repitiendo, ritornizándolo hasta la monotonía.

Ibamos uno tras otro los cinco, escopeta al hombro, mochila al riñón, atisbando entre los escasos claros que la roza ya emprendida iba dejando, como lagunetas sienosas en medio del sembrado. Al ruido de nuestros pasos, ruidosos á pesar del esfuerzo que hacíamos para amortiguarlos, alguna parvada se alzaba tan de súbito, que no nos dejaba tiempo de requerir la escopeta y hacer fuego. Las tortolitas, las turcas, algún tordo prieto, se burlaban buenamente de nosotros. En el *frrichtt* de abanico de su vuelo, había algo de risa burlesca.

De pronto, al desembocar en un claro, el mozo que nos guiaba, gritó:

—La culebra!

De súbito, sentí correr por todo mi cuerpo, bajo la piel, un vivísimo hormigueo. Sin dar un paso, busqué ansioso. Sin esfuerzo, todas las historias sabidas

en que las culebras protagonizaban, surgieron en mi memoria. Las ví.

La culebra!

La palabra, sonando bajo aquel sol, en aquel mar de espigas doradas, hipnotizábame tanto como el fluido de sus ojillos, fijos y dominadores, á través de las leyendas.

En medio del claro, enrollada, formando algo como un yagüal, estaba la culebra. Negrusca, de un color de lodo pútrido, vetada de rojo, las escamas de un irradiar cristalino secas y redondas y como erizadas por un susto, estaba ocupada en preparar su comida, echada sobre algunas espigas olvidadas. Era la presa gastronómica, una pobre gallinita montés, gris como una pelota de ceniza amasada. La lamía por todos lados con lengua voraz, larga y delgada, bifurcada en el extremo como vidente infernal; alizábale las plumas con cuidadoso esmero, preparándola para tragársela perfectamente, sin trabas, como una apetitosa albondiguilla. Se complacía en hacerle á la pobre gallinita gris, inocente comedora de gusanos y hormigas, gorda para su desgracia, como un diligente y fúnebre aderezo. Los ojos sin parpados de la culebra brillaban, ahora fijos en nosotros, redondos, á la manera

de dos onix tallados. Sentimos la mirada sobre nosotros, aguda, misteriosa, atrayente.

De pronto, cual si esperase un ataque, comenzó á desenrollarse, se notó perfectamente el movimiento contráctil de todo su largo cuerpo nervioso; los anillos se desplégaron, hinchándose; se extendía sobre las espigas, como una Sinicial, una S gótica, sobre el pergamino amarillento de un viejo infolio.

Iba á tragarse la presa, seguramente para ir, harta, á digerirla en las blanduras de la siesta, en algún lugar seguro, cuando sonó un tiro, repercutiendo como un petardo. La culebra, de pronto, se estiró rápidamente, ondulante como un látigo. Parecía querer ponerse de piés. El punzón de su cola, afilado, brilló como el extremo de un bisturí; en su cabeza chata, la boca, se abrió desmesuradamente, redonda como una O, y la lengüeta comenzó á moverse, fina, sutilizada; casi se borraba, por la rapidez del movimiento, en el destello cegador de una faceta herida de firme por la luz. Una ansia cierta de venganza la llenaba. En un momento pareció decidirse. Aquietándose un momento sobre las espigas, pareció que iba á saltar, decidida á todo; pero de pronto, arrastrándose, arras-

trándose penosamente, se internó en el arrozal. Sentíamos claramente el arrastre angustioso de aquel cuerpo herido.

En el claro, la gallinita gris, quedó abandonada, húmeda, preparada para el bocado, entonces manchada por la sangre blanquizca de la culebra que, penosamente arrastrándose, se internaba cada vez más en aquel mar de espigas, á morir en su cueva, si la alcanzaba á fuerza de fatigas dolorosas, ó solamente buscando refugio final al abrigo de alguna macolla quemada.





Los "Momentos" de San Salvador

LA MAÑANA.

La mañanita se levanta como siempre, después de dormir de un sólo tirón sus diez horas. Gris al primer bostezo. Se despereza, opaca, sin ganas de levantarse; pero, tras las cortinas, punza el Sol sus primeros rayos. Espía curioso el ojo redondo del viejo verde. Es así siempre el Sol. Y con mucha más razón todavía, tratándose de una mozuela, fresca y deliciosa, como es el Alba; un capullito de rosal en punto de abrirse.

Durante toda la noche ha llovido. Y cómo ha llovido! A cántaros. Y tras la ducha, aparece el cielo de un delicado y húmedo color de *no me olvides*: un cieli-to desleído de acuarela. En el horizonte, el Volcán, venerable, se ha ceñido, como un árabe viejo, su albornoz de neblinas. Véla el fornido viejo en su letargo de años, el sueño y el día de su pequeña ciudad, su cascarón de huevo. A fuerza de tiempo, las barbas se le han reverdecido, como á un dios de río y su joroba parece más deforme.

Los techos de zinc tienen reflejos acera-dos, opacos. De las rojizas tejas se desprende todavía, tardíamente, una que otra gota, que va á estrellarse, como salivazos de borracho, sobre las aceras resbaladizas unas, llenas de huecos colmados de agua otras. Las calzadas están imposibles de lodo é inmundicias. Enmedio, el limoso resto del agua fangosa de la *creciente*, ofrece moldes de pies descalzos ó huecos de cascós; entre las piedras, han quedado prendidos restos de basuras arrastradas: pedazos de periódicos, hojas, cortezas de naranjas, cabos de puros.....

Las calles tienen un aspecto nada simpático, nada poético.

Pero el despertar de San Salvador, no

deja de ofrecer impresiones, á pesar de todo; motivo para distraerse y hasta para borrajear una crónica ó enfocar una maqñinita fotográfica.

Se toma un tranvía de la línea del Coro ó San Jacinto ó Mejicanos, y se va á respirar,  las afueras, un poco de aire fresco y saludable. Es lo mejor. Airecito recién salido de la alberca. Vida nueva!

El callejeo no presenta grandes atractivos. Si no ereis, lector, amigo de la poesía bucólica, la del padre Virgilio, quedaos mejor en cama hasta las ocho, por lo menos. Si no, aprovechad el tiempo. Quien más temprano sale del sueño, más vive. La ganancia es de horas, que enfiladas producen días y sumados años.

.....
Vamos calle arriba ó calle abajo, como preferis, lector.

Poca gente transitando por las aceras; pocas puertas abiertas; ninguna tienda todavía en servicio. La criada que, con el *pichel* colgado al brazo va por la leche, hila su párrafo, que resulta pelambre de sus *patrones*, apostada en alguna esquina con otras tantas del servicio; * pela la pava*, al fresco del cielo caritativo, con su galn, que va con el *tanate* del pan. En el dintel de los *zaguanes*, los

cajones de basura, esperan el paso del tren de aseo, y en más de alguno, escarbando famélico con el hocico los desperdicios, algún perro flacuchento. Los vidrios de alguna ventana cerrada, vibran al paso resonante y pesado de alguna carreta. En medio de la calle, á tropezones, marcha camino del Mercado, un chiquillo sucio y desarrapado, que guía un macho con sus dos arganillas á cuestas, repletas de carnes. Carne fresca, ofreciendo sus colores sanguinolentos á un escuadrón de moscas y moscardones que marchan al par y rondan alrededor, se posan en las ancas lanudas del paciente animal ó en las orejas, movidas á compás. (Asunto para un boceto de pintor impresionista). La pobre bestia camina lentamente, con la cabeza baja, como ramoneando algo que no encuentra nunca, ó tal vez recorriendo un hilo de filosofías amargas. A pique de que resulte un discípulo de Schopenhauer. De cuando en cuando lanza un pujido seco, un fuerte resoplido, y su hocico va dejando un rastro de espeso vaho. El chiquillo no se preocupa de su cabalgadura, entretenido en gritar á un compañero que se le adelanta, ó en silbar un trozo de *Te volví á ver* ó algunos compases marciales de *Los Parrande-*

ros. De cuando en cuando, vuelve la vista al *Pardillo*, que le vé fijamente con sus redondas pupilas, como sonriéndole. En una esquina, el carretón de una fábrica de hielo, deja ver en su fondo, enfilados como largos libros nuevos en su tosco anaquel, las transparentes marquetas, mientras el mozo, de pie sobre el pescante y arrolladas las mangas de la camisa, asierra una pieza, que gotea copiosamente. A lo lejos, suena la campanilla cascada del afilador que anuncia el paso de su mollejón á los dueños de herramientas que afilar. Un coche tempranero, con el pescante lleno de maletas, rueda traqueteando hacia la Estación del Ferrocarril de Occidente, en tanto que sobre el lomo escuálido de los caballejos cae una lluvia de latigazos. Atraviesa la boca-calle una mujer que lleva sobre la cabeza un enorme canasto de verduras, y está á punto de ser atropellada por el caballejo trotón de un lechero, á horcajadas en medio de los dos abollados cántaros de lata. Bajo el cielo triste, tiznado de luz cenicienta, tiene la nota fresca y primaveral del canasto de la verdulera, un irresistible encanto. El rojo apetitoso de los rábanos, asoma entre el verde tierno de la lechuga corriente ó la hoja acolochada y obscura

de la *romana*; el apio, yergue su lanza coronada, y entre las hojas del berro, todavía húmedo y goteante, asoma la cabeza del nabo acuoso, redondo como una bola de marfil viejo. La mujercita, anudado el *rebozo* á la cintura, camina ligera, á zancadas, con ese paso trote de nuestras indígenas, meciendo el brazo que le queda libre y sin detenerse para tomar algún aliento. Va precisa, porque cuando llueve por la noche, la mañana se levanta tempranito y de mal humor. El reloj de la Iglesia de San José, ha dado las siete de la mañana. Tal vez no hay que creerle, porque anda siempre á la diabla y como si echase sus *tragos*. ¡Tiene ella tantas que le hagan competencia!; sobre todo ese *español* de los demonios, ese don Isidro, que todo lo dá casi regalado. Pero sus verduras se venden; no hay cuidado. Sería un crimen venir de Soyapango para no vender *ni medio!*

En los alrededores del Mercado, bulle la muchedumbre como en una colmena las abejas. Por esas cuatro calles, el tránsito es difícil. El tranvía, va repicando su campanilla, pidiendo paso; mientras las carretas y carretones, encaraman sus ruedas sobre las aceras, ó se detienen, como atascadas por la ola hu-

mana. Entre el comprador y la vendedora, se entablan diálogos á gritos. Ruedan, por los suelos, los apiñamientos de doradas naranjas, ó las limas, de un verde de esmeralda muy fresco y muy flamante; los racimos de guineos, atraen las miradas è incitan los labios; deslumbra el escarlata de una pila de *pita-hayas*, en contraste cercano con el oro caliente de las piñas coronadas. En los canastos, brilla la blancura del arroz, ó el azabache de los frijoles, ó el marfil del maíz desgranado. I no es extraño, entre un puesto de cebollas y ajos y un amontonamiento de camarones y pescado seco, ver algunos ramilletes de flores, ahogando sus aromas en aquel zahumerio de acres emanaciones. De un puesto á otro, pasa la cocinera económica ó amiga del *siseo*, buscando lo más barato. Con su cesta al brazo, Mademoiselle Tourillón, trata con una frutera, mientras examina, con ojo avezado, las naranjas que *ese día estàn muy paliduchas* ó los *guineos que no han madurado bien*. Mademoiselle Tourillón, no se deja engañar jamás. En su Hotel se come espléndidamente.

¡Sorbetes de leche!, grita un heladero, con su tubo colgado al brazo. *¡Tan de mañana!*

Humean los puestos de comidas en el Mercadito de Santa Lucía y en derredor, acurrucados ó sentados en taburetes, los parroquianos devoran su taza de café con leche, su pedazo de torta de yema ó sus gruesas *pupuzas* de queso con *lorocos*. Papini corre las maderas de su puesto-sucursal, con su estantería repleta de botellas y latas, y trás el mostrador de Escobar y Soundy, entre las pilas de mantas y fardos de zarazas, discurre el criado, regando el piso y barriendo.

* *

¡Estos amaneceres san salvadoreños!
El día se va entrando; pero el sol no asoma su respetabilísima nariz. ¿Habrá trasnochado?

Sigue el cielo de color de *no me olvides*; pero el Volcán se ha quitado su turbante de neblinas

Los relojes públicos campanean las ocho.

A casa! El café espera. Basta por ahora de *flanerie*.

Marzo—1900.



A la hora en que cae la tarde....

A la hora en que cae la tarde, el ganado, en desordenada recua, desciende al abrevadero, lentamente arreado por el gañán retoso, alborotando en nubes el polvo de la dormida carretera. I á lo lejos, por entre los claros de la cortina de cedros y de los chaparrales de la orilla, se vislumbra el reflejo de las aguas del Río que allí mismo, al abrigo, desenvuelve un manso recodo, manso y dormitante, dejando ver la arena lustrosa del fondo y sobre el que la luz del sol caliente, arroja, de soslayo, azogües rielantes y cálidos oros.

De la faena, vuelve el labriego. Al hombro la azada, ó bajo el brazo el machete. El paso lento y cansado, como de noble animal; en los labios, el motivo melancólico de alguna tonada favorita; y ante los ojos, la visión del cercano rancho, de la olla borbolloneante en el poyo de adobes, y en los oídos, la música del maíz triturado en la piedra bajo la mano tosca.

El horizonte se ensombrese más y más. La esfera del sol, de carmín flamígero, ya no se percibe; se ha ocultado tras la gran joroba de dromedario del cerro de Nejapa. Por las faldas del cerro, largas y extendidas en su descenso, rueda la sombra, prendiendo sus lutos, tendiendo, como una araña fabulosa, sus formidables y sombríos tentáculos. En la carcomida ceiba, el escuerzo canta con voz de bajo profundísimo...Figuraos que un torno sin aceitar funcionáse, cuando el pobre renacuajo lirisa á la hora del tramonto, entre la última luz.

Los árboles, en la sombra imperante, se confunden en una sola confusa masa plomiza, antes de entrar en la quietud nocturna; y su murmurio, prolongado y solemne, tiene algo de oración votiva antes del sueño. A lo lejos, un acordeón suena, celebrando el descanso después del trabajo y cantando la gran paz del humilde hijo de la tierra. La tortilla se dora en el comal; atravezada en el asador, la carnesuda su jugo y el frijol salta en la sartén, entre el chirrido loco de la manteca hirviente.

*

Y en la carretera, por la que la recua descendía al abrevadero arreada por el gañan roto y alegre, el blanco crudo del polvo, blanco de cal y de salitre, se tiñe de negro, y entra, también, en la solemidad de la noche.





La Velacion de San Jeronimo

Antenoche tuve la fortuna de asistir á uno de los espectáculos de costumbres nacionales, de lo más curioso que darse puede y que ya va desapareciendo. Desde niño, siempre que he venido de temporada á este pedazo de campo, sito en el valle de las "Tres Ceibas", he oído hablar de estas famosas velaciones. La de San Jerónimo no es la más brillante: lo es la de Santa Catarina, la virgen de la cimitarra, patrona de estos lugares.

Cuando ella llega, de paso, á alguna casa, esta es arrojada por la ventana.....ó por la puerta, si no hay ventana. También se vela á San Antonio del Monte, con su niño en brazos; á San Sebastián, con las flechas atravesándole pecho y piernas; á San José, con su varita florecida; á Santa Lucía, ofreciendo á Dios sus ojos de cristal en un plato de latón.....

Ahora, cuando el Tiempo que rueda y pasa sin detenerse un instante, como en la balada del poeta alemán, ha marchitado estas fiestas, cuando han perdido mucho de su brillo tradicional, es cuando me he decidido á presenciar una. Y me ha hecho el efecto de encontrar un día, en el fondo de un cofre claveteado y recinchado, un ramillete de flores de género, en un tiempo vistoso, y cuyos colores crudos, entónces frescos, se han puesto pálidos bajo el polvo y cuyos pétalos de olán teñido, se han apabullado ó desaparecido devorados por la polilla implacable.

Como á una media legua de aquí, ha pernoctado el honorable Santo y desde hace algunos días, recorre los rancharíos y fincas de este valle. Antes la visita del Santo era gratis, espontánea. Hoy cuesta doce reales.....fuera de los gastos.

Ayer mañana lo vimos pasar en brazos de su mandadero, implorando limosnas. Delante de él marchaba un *zipote*, tocando un lento redoble en su tambor y cargando á la espalda el *matate* en que se confundían las dádivas de los creyentes campesinos. Allí: huevos de gallina, tusas de *cuajada*, botellitas de mantequilla, tortas de pan, *icates*, motates, blancos como el maíz nuevo. De todo. Y colgada al hombro por las patas, una soberbia gallina que abría el pico bajo el calor del sol y á intervalos cacareaba, afligida, como sospechando su destino. El demandadero es hombre *de cuerpo*, gordo y saludeble. ¡Con presentes así, el hijito de San Jerónimo debe de pasarla muy bien!

Después de nuestra limosna, un realito chapín, liso á fuerza de correr por manos desconfiadas, se cree el buen hombre en el deber de invitarnos.

—Cerca de aquí, arribita, donde las Guerrero.

—Bueno. Vamos á ir. Gracias.

La velación principia hasta después de las ocho, al aviso del tambor que hace aquí las veces de campana convocando à los fieles.

Con una noche oscura, pero estrellada, hicimos el viaje desde *Tarascón*. Era-

mos cinco los de la partida. Ibamos todos con el espíritu alegre, dispuestos á divertirnos y.....hasta rezar; lo cual no tiene nada de extraño, lector, pues somos buenos católicos que cumplen. De mi parte, no hay domingos ó días de cruz doble que yo no asista á misa.

Al pasar por el río, que en la sombra de sus árboles y chaparrales hacía lucir opacamente sus aguas, alguien recordó á la *Cigüanaba*. Esto dió origen á que, pian pianino sobre el polvo y entre los breñales del camino vecinal que ascendía caprichoso como el rastro de una *cascabel*, se relataran anécdotas referentes á esta *respectable* señora nuestra.

He tomado apunte de ellas, indagaré entre la gente que me rodea, y en mi próximo libro *Lo que contaba la abuela*, haré una monografía de este personaje fantástico, cuyo prestigio ya va desvaneciéndose.

De pronto oímos el redoble de un tambor. Ese redoble, perdido, sonando en la sombra de la noche, y después de una conversación de trastos, tenía algo de fantástico. Sugería mil locas fantasías, aquel tambor, redoblando en la sombra. El paso de algún ejército de duendes.... Las brujas, á horcajadas sobre sus palos de escoba.. ...El *Zipitillo*, con su gran

sombrero puntiagudo, como el de los rurales mejicanos....La carreta de alguna farsa infernal.....

Redoblaba el tambor en la sombra, mientras subíamos.

De pronto, rasgó el espacio, iluminándolo, la cauda de un cohete, y sus petardos estallaron, repercutiendo por todos los ámbitos del valle.

El tambor cesó, súbito; y conforme más nos acercábamos, percibimos, sonando, un pito de caña, pastoril casi, que urdía torpemente algo como una anticuada mazurca plebeya.

Ya hemos llegado. Un grupo de perros que se avalanza sobre nosotros y al cual recibimos á palos, nos anuncian á los de adentro. La comisión de recibo acude milagrosamente á librarnos de aquellos animales, que ya habían emprendido sobre nosotros un nuevo ataque de dientes. Sus ladridos extrepitosos y continuos, nos hacen el efecto de algún coro marcial saludando nuestro arribo.

Todo el patio espacioso, está lleno de invitados. Unos, sentados en el suelo formando corro, conversan y fuman. Otros pelan con sus machetes alguna coña, sentados sobre las piladeras y en las canoas ó aislados, entablan algún diá-

logo amoroso, al resguardo de la sombra. Suenan los acordeones. Los cantadores hacen charranganear las guitarras. Alguna carcajada resuena, contagiando los demás humores. En un corro, un viejecito relata alguna historia picante, pues los mozos sonríen y maliciosamente, dirigen miradas á las muchachas acicaladas que, en el corredor forman su sociedad alegre y expansiva también. A lo lejos, ladran los perros de la vecindad, talvez viendo la cara de vieja de una media luna amarillenta que asoma trás el cerro de Tonacatepeque, á la inversa de como en la balada de Mussett: como un acento circunflejo sobre una m. En uno de los amates del patio, un gallo lanza una clarinada de alarma, á la que contesta un violento y agitado cacareo de gallinas, remover de plumas, oseo de patos, algún vuelo torpe de las sumidades al suelo. "¡El gato!"—grita alguno; y un grupo, acude al gallinero. Poco á poco vuelve á reinar la tranquilidad en el serrallo de los sultanes de la pluma que enfundan sus clarines. El ruido de la fiesta, no interrumpe su sueño reparador.

En el rancho del centro, se ha instalado el Santo.

Sobre una mesa, cubierta por una cor-

tina, y dentro de un tosco camarín de tablas pintado de verde y adornado de rojas molduras, San Jerónimo—el austero fundador del Monasticismo—alza dos dedos de su mano derecha para bendecir á las pobres campesinas que rodean su altar, mientras con la izquierda sostiene una gruesa Vulgata. Sobre el pecho, cae la gran barba despeinada; y la calva del solitario de la gruta de Belén, espejea á la luz de los candiles y de las mechonas de cebo. El, que odió con tanta fuerza á las mujeres, y cuyo recuerdo atormentaba sus soledades, se ve rodeado y agasajado por ellas; y es ley, que es uno de los santos preferidos por las faldas. ¡Tal vez porque las trató tan mal! Vimos de cerca al Santo y le besamos los pies. Observando su fisonomía, nos pareció que la compañía desagradaba al monje que vivió entre las piedras de una gruta, en la sola unión de una Biblia (que él mismo había traducido del hebreo al latín), su conocida Vulgata, un crucifijo y una estera en que tenderse.

Cada vez van llegando más invitados, ó no. Cuando en alguna parte hay velación, todo el mundo se cree con derecho á asistir. Nadie, ni el mismo que paga la fiesta, se inmuta por esto.

De los grupos que llegan, las mujeres penetran al recinto del Santo, mientras los hombres permanecen en el patio, ó silenciosos, como escurriéndose, van á aumentar el número de los que, en corro, á la luz de una vela pegada á un tejo, juegan al chivo ó á la baraja docenas de puros. Esa es la costumbre.

La hora del rezo se anuncia con repiques de campanilla. Todo el mundo acude, arrodillándose en el corredor, en el patio, por todos lados, y principian las oraciones. Quien *enseña*, como dicen estas gentes, es decir, quien lleva la voz, es el mismo demandadero, á quién pagan un peso por este servicio, además de los doce reales por derecho de velar el Santo en su casa. A una oración, cuyo final acompañan todos los oyentes, sigue un canto á la gloria del patrón; luego nueva oración y nuevo canto; y vuelta á la carga. La tarea dura larga media hora. Los arrodillados, siguen con fervor la ceremonia.

Terminado el rezo, se desocupa el recinto. El tambor suena ¡tan! ¡tan! ¡tan! ¡tan!, y á cada golpe de palillo sobre el parche, uno de los individuos presentes, desfila ante el Santo y le besa los pies. No se queda ni uno solo sin hacer dicha operación.

El altar del Santo es todo un ramillete de flores, luces y papeles de color. Parece, por el lujo, un altar del Corpus, en cuyo atavio se *ha echado el resto*. Del techo del rancho cuelgan guirnaldas de flores de la cruz, blancas y rojas, alternando, simétricamente, con cadenas de papel. Palmas de coco, amarradas á las cuatro patas de la mesa, unen los extremos de sus plumones, formando arco sobre el camarín. Gruesos racimos de bejuco de chilillo, despiden el olor de membrillo de sus flores lilas, juntando sus prestigios á las barbonas, amarillas como el azufre, ó á los heliotropos blancos de azucarado aroma, á las ramas de paraíso, salpicadas de manchas avioletadas, á las flores de San Antonio, de un color vinoso y á las del madrecaao, en gajos, rosadas como las del almendro. Hay cierto primor, cierta intuición artística, en aquel arreglo desordenado. Se ha amontonado todo lo verde, lo alegre, lo que da perfume ó cautiva la vista con sus colores.

Después del rezo comienza la fiesta.

Las dueñas de la casa, llevan grandes *bateas* de tamales humeantes, junto con grandes batidores de café negro. Se forman círculos diferentes al rededor del sencillo agape, según las simpatías. Cir-

culan vasos de verdadero chachacaste, tan rico como un whiskey legítimo. Sobre platos de lata, desbordan las torrijas de torta seca ó las tusas de dorados *salpores* de maíz, que se deshacen en la boca como una crema.

Reina la más franca cordialidad, esa que solo se encuentra allí, entre esa gente.

Los campesinos mastican, beben, charlan y ríen. Los perros husmean, metiendo las cabezas entre las piernas, y cuando algo *cachan*, se alejan al trote para atravesárselo en lo oscurito, sin que nadie les estorbe.

Cuando la *cena* termina, principia el baile.

Las guitarras, parecen querer romper sus cuerdas, rasgueadas como són con tanto brío y entusiasmo. Las parejas valsan, arremolinándose sobre el suelo barrido y lustroso como una rusia, golpeando el suelo con los talones de sus pies desnudos. ¡Bailan de una manera tan curiosa! Lentos, sin fastidiar á su pareja, con cierta corrección ceremoniosa que deberían aprender muchos de nuestros señoritos de sociedad, á quienes únicamente el uso del frac ó del smocking, da apariencia de gente educada.

De tanto en tanto, se suspende el baile, y alguna de las parejas danzadoras,

canta á dúo una de esas trauadas plañideras, sencillas, pero olorosas como un fresco ramillete de flores de María, y que á un citadino, nó acostumbrado á estas cosas, haría soltar la risa.

Nosotros nos retiramos después de media noche, juzgando que nuestra presencia les era molesta, á pesar del respeto que los campesinos siempre guardan á los patronés. Quieren gozar solos, entre ellos, sin ojos que encuentren en sus regocijos, motivo de entretención.

La luna se ha alzado por completo sobre el horizonte montañoso; y sobre nuestras cabezas, el cielo profundo está despejado, casi sin estrellas. El silencio, es apenas turbado por el ruido del viento deslizándose entre las hojas de los árboles, pero muy suavemente, tal como el roce de la seda sobre la morbidez de una alfombra.

Hacemos el mismo camino de cuatro horas antes, pero sin ganas de charlar, cada uno por su lado, como que si nos hubiese invadido repentina tristeza.

En efecto, la alegría verdadera, la sencilla alegría saludable, de que no podemos gozar los que tuvimos la desgracia de nacer en una ciudad, y ahora, aburridos, queremos hacer una vida de campo, queda atrás, entre aquellos amates, ba-

jo la paja de aquellos ranchos, que surgen de la tierra fecunda como un florecimiento de hongos de barro.

Y atrás va quedando el sendero, entre breñales, culebreando polvoso y blanco bajo la luz de la luna, como un prolongado lastro de *casabel*.

Y atrás el río, bajo los árboles descabellados y los tupidos chaparrales, brillando ahora sus linfas rodantes como el desdoblamiento de alguna pieza de terciopelo de plata flamante.

Cuando en la cama queremos leer algunas páginas para conciliar el sueño, tenemos que arrojar el libro, sin poder darnos cuenta de una sola línea leída. La fiesta apenas entrevista, llena nuestra cabeza de ideas raras y de extravagantes propósitos. Los principales motivos de alegría campesina, se interponen, cobrando relieve tentador, entre la página del libro y nuestros ojos.

¡Qué ridículas resultan estas sutiles psicologías del mundo parisiense! ¡qué amodorrante toda esa literatura refinada é insana, después de asistir á un *velorio*, con guitarra, acordeón, tamales y chachacaste!

Después de aspirar ese ramillete de poesía criolla, sana y saludable, qué malsaben al olfato estos perfumes finiseculares!



Sonando el ultimo wals

Suenan las primeras notas del último wals.....

En el salón, las llamas de las lámparas parpadean, trazando círculos sobre la tela del techo; rien, inciertas, en las lunas de los espejos ó en los marcos dorados de los cromos, en las joyas de las mujeres ó en las pecheras acartonadas de las camisas de los caballeros. Los ramilletes de flores, agonizan de bochorno en los floreros de las consolas: doblegan las corolas, como cabecitas atenaceadas por el sueño, y, exhalando toda su aroma, se quedan muertas.

Es muy tarde ya.....Las horas se desli-

zan sin que su paso sea notado. El reloj ha campaneado las dos de la madrugada. El sueño empaña la mirada en los ojos de las muchachas. Hay bostezos disimulados tras las plumas de un abanico ó que desarticulan francamente una quijadita femenil ó un hocico hombruno, feroz bajo el bigote embadurnado de cosmético.

Suenan las primeras notas del último wals; y sobre la rusia maculada, llena todavía del brillo fugaz de las lentejuelas desparramadas, se pasean, aisladas, algunas parejas entusiastas. Rien las piedras entre los encajes de los corpiños, un tanto ajados por el contacto; alguna cabellera se ha desarreglado de una manera tentadora; el colorete de algunas mejillas, fenece; y los labios, no tienen ya la humedad de la hora del primer wals. Las flores de género de las cinturas ó de los escotes, se avergüenzan de que la luz denuncie su falsa frescura; y en un rincón, ronca una mamá respetable, degeriendo resignadamente su buena ración de pavo.

Suenan las primeras notas del último wals.

La introducción, lenta, dibujada por los violines y los violoncellos, apenas reforzada por los contrabajos y por el me-

tal escaso, tiene un suave lirismo invitador al wals. Parece provocar á una declaración amorosa, ó acompañar, así asordinado, la caída, pétalo á pétalo, de una margarita deshojada por alguna Gretchen pensativa, á la luz de la luna, en una templada noche de verano.....Wals de amor...El wals de Waltheuffel, tiene alma de mujer.....Luz de sus ojos, sonrisa de su boca, frescura de sus mejillas, oro ó ébano de sus cabellos. Es mujer. El wals, es la metamorfosis de una mujer hermosa, como en los cuentos una flor, la forma dada por la varilla de una hada madrina á una princesa perseguida.

En un rincón del salón, penubroso un tanto, al brillo tembloroso de un candelabro en que las bujías amarillentas están, ellas también, en sus postreros estertores de muerte, una pareja, al parecer muy amartelada, conversa y rie, rie y conversa. *Ella* (la siempre eterna *ella*,) es bonitilla: la naricita parada y la boca inexpresiva; peinada en bandeaux. *El*, muy feo, muy enfatuado, abroquelado el cuerpo en su *smocking* Zapico: un don Juan barbilampifio y soso, como una papa sin aderezar. Con el abanico de su pareja entre las manos, se golpea las rodillas, ó lo abre y cierra con lentitud, observando el varillaje.

De cuando en cuando, después que el último pato ha pasado perdiéndose en el espacio, marmotea algo que *ella* parece escuchar con los ojos fijos en la rusia iluminada, entreabiertos los labios por una sonrisita que nada dice (como sonríen todas nuestras mujeres), doblando y desdoblando despaciosamente un programa de bailables. Cruzan frente á ellos, en cadena de ritmos y de risas, las pocas parejas, que agotan las heces del alegre vino...Se oyen palabras entrecortadas....Rumores de seda al removerse ó al rozarse....Chasquidos de abanicos que se cierran ó se abren.....De la salita vecina, llega el golpe de las fichas del dominó al ser colocadas en juego; y tras los vidrios de las ventanas que dan á la calle, se advierte la cara de algún curioso retardado.....

Mientras tanto el wals entra en su segunda parte. Canta, seguramente, desengaños de amor, por que la música quiere reír, y no puede. Hay lágrimas en esa alegría forzada. La ventana se ha cerrado. Gretchen, llora; los pétalos de margarita no caen más de sus dedos. El motivo de la primera parte se repite, esta vez en los clarinetes y los oboes, en un tono menor; y los violines y los violoncellos, reforzados por los contraba-

jos, ceremoniosos en una repetición pianissima de dos notas, se deslizan en una fuga casi imperceptible, como persiguiendo un ensueño que se desvanece....

El salón va quedando desierto. Silenciosamente los invitados van retirándose, sin hacerse notar para que, de pronto, el baile no se suspenda. El baile debe tener su agonía; debe apagarse por grados..... Por el ambiente flota el perfume de las flores fenecidas... En los espejos, todavía parpadean, con inquietud final, los reflejos de las lámparas. Los cromos amortiguan sus tintas litográficas; y el sueño y el aburrimiento, van invadiéndolo todo. Los bostezos ya no se disimulan. Hay abanicos que se caen de las manos, involuntariamente; conversaciones que se arrastran; risas forzadas. Los papás impacientes, asoman las cabezas por las puertas del corredor y hacen á sus consortes señales significativas, de que las muchachas ó los novios no quieren adivinar el sentido. Sobre una silla, abandonado, yace un abanico entreaabierto, que muestra entre la blancura lechosa de sus plumas, un ideal aisaje de pacotilla tratado en rosa asalmonado. ¿Quién será la dueña de un programa ajado, caído en un rincón? ¿Quién la de aquel pañuelo de batista, abando-

nado sobre el mármol de una consola, al pie de un florero? En este salón seguramente, no dejará Cendrillon su brodequin, asustada al oír sonar las doce. Salvat, no ha hecho nunca joyeles de cuero para un piecesito así.

Y ahora el wals agoniza, como las flores. Vuelve á la introducción, pero ejecutándose á la inversa. Entonces, en una nueva noche de verano, á la misma luz de la luna, la desilusionada amorosa recuerda los días mejores, ya idos por siempre. En la memoria, cantan las frases dulces que él murmuraba á su oído. Las flores se han secado y se disuelven entre los papeles de un relicario. El amor ha pasado..... El amor se ha ido, dejando como el cisne de Lohengrin sobre el agua del lago, su huella de melancolía. Los violines, gimen; los oboes, gimen también, más sordamente: son dos quejas, son dos lamentos eróticos que no encuentran eco ni consuelo. El violoncello, afelpa sus gravedades, y las flautas desgranán sus notas, de puntillas. La introducción, á la inversa, en un tono excesivamente menor, como un murmullo en que al final casi no se percibe el motivo inicial que vuelve á suplicar, hasta ir acabando, borrándose, diluyéndose. De pronto, un brusco repique de timba-

les, parece derribar aquel castillo de sueños. La música se disipa, como una niebla matinal.

.....En la calle, los focos eléctricos luchan por iluminar las sombras imperantes. Ni un solo coche á la puerta de la casa, esperando la salida. Los carruajes aquí, ni se usan ni se tienen. Las parejas, mal arropadas, se alejan del bracero, silenciosas y adormiladas. El cielo comienza á teñirse de rosa; el alba rasguña por el oriente. Cruza un trasnochador, casi tambaleándose, con el sombrero abollado y la chaqueta llena de polvo. Un policial, envuelto el cuello en una toalla, está recostado en un buzón de correos, y á lo lejos, ladra un perro, ó canta un gallo madrugador.





LA "SERENATA"

Al calor fortificante y alborotador de las repetidas tandas de puro chaparro, tomadas en alegre compañía y en medio de regocigada broma y risa, la banda trovera se echa á la calle: tambaleándose unos, trastravillando otros, firmes todavía, ocurrentes solamente y risueños á porfía, los más: los sombreros arriscados, sin embozo, como era dicen de antigua usanza; la guitarra dormilona bajo el brazo y el cuello de la botella, atarugada con un tapón de papeles apelmazados, asomando por alguno de los bolsillos de la chaqueta de *jerga*, ribeteada en cue-

llo y mangas de lustrosa pana negra. Al fajo, y al abrigo, entre las vueltas de la *banda* de hilo de colores: el cuchillo de *á cinco*, de cacha de hueso y en su vaina de cuero tatuada de negros dibujos. En el estómago el hervorcillo del alcóhol; en el alma la alegría, queriendo reventar como un petardo, de improviso.

Va la banda, al través de callejas obscuras, apenas teñidas de rojo por la llama de los mecheros de gas, que el viento de la noche hace titilar. Arriba, abajo. Queda atrás el barrio tranquilo, en que duerme el policial en el quicio de un *zagúan*, y ronda y ladra el perro sin hogar ni amo. El reloj de Casa Blanca ha dado, con su pausa de pereza acostumbrada, las dos de la madrugada. Hace fresquecito. Todo duerme. Ni un solo ruido turba el silencio solemne. Al pasar cerca de un mechero, se oye chirriar el escape del gas, como un zancudo encerrado en un frasco de cristal. Junto á una *cerca*, ronca una piara de puercos. El empedrado ha concluido: las calles, cubiertas de polvo, cobran á la luz de las estrellas un aspecto de escenario de pantomima pierrotesca: espérase ver venir, rodando entre el traqueteo de las ruedas, el carretón funambulesco, desde cuyo fondo el pobre payaso enharinado llora las crueldades

y las perfidias de Colombia.....La luna, en el cielo, pellizca apenas el terciopelo nocturno y las estrellas, brillan como millones de lentejuelas que lo salpicaren.

La banda se detiene en el rincón de una encrucijada. Se oye templar las guitarras: el vibrar de la cuerda puesta en tensión. El clarinete único, prueba su nota más aguda; mientras la flauta picotea su escala, como una travesura inicial. Unos se han sentado en las piedras del *cerco*; otros, se quedan de pie, recostados contra las blancas paredes de la *media agua*; otros, rodean al cantante y á los músicos. Un perro, espantado, ladra prolongadamente, acto á que hacen coro, en el mismo instante, un par de soberbias clarinadas de los gallos de vecindad. La *Chencha* está ya en autos del obsequio; y por las rendijas de la ventana cuadrada y de verde pintada del *castillo* en que la castellana mora, brilla un hilo de luz del candil, velante todavía. Cerca, entre la ramazón de un frondoso *amate*, se oye rumor de plumas removidas, cacareos apagados..... El gallinero va á despertarse.

Y de pronto, la copla coruscante y la canción de amores, lenta, plañidera, como un lamento, como una queja, abre

sus alas y vuela torpemente, á estrellarse en las maderas de la cuadrada ventana, que permanece cerrada, á pesar del ruego obstinado del galán. Las guitarras bordonean por lo bajo, aguda ya, sorda después, mientras el clarinete des-templa, hiriendo los tímpanos, y la flauta redondea notas que suenan á cristales rotos. Es solo la voz gangosa del *patudo* requeridor la que llena, de firme, la encrucijada penumbrosa y sube al espacio dormido y se esparce en ondas arlequinescas. Las estrellas, esas travezuelas volubles, que siempre velan, ven aquel cuadro, guiñando el ojo, y se ríen entre sí, medio ocultándose entre sus encajes de plata.

Con el último estribillo de la canción y el fuerte rasgueo de las guitarras, á punta de uña, y la tos del clarinete, y el estornudo de la flauta, el saludo á la botella del *chaparro* que en los intervalos del ataque, duerme pacífica en el fondo de algún bolsillo seguro.

Y vuelta á la carga. *Tengo mi hama-ca tendida.....*, es todo un éxito para *Lolo*, el cantor. *Pájaro triste de la parda pluma.....*, hace moquear á algún romántico de pie pelado y camisa de manta Búfalo. *Mírame, ingrata.....Las olitas de la mar....* Desfila todo el repertorio

de la Musa popular, sencilla y expresiva, aún sin haber encontrado su folklorista. Toda esa pobre guirnalda de *mocos de chompipe* y de campanillas de piñal, despenicada á la luz de las estrellas, bajo la ventana de una *joven*.

El policial, envuelto el cuello en una toalla, se aproxima, sin saberse de dónde sale, soñoliento, á paso tardo, y restregándose los ojos con el dorso de la mano, pide “el permiso” de manera malhumorada. Y junto con la *boleta*, que ostenta tamaña rúbrica del señor Alcalde, uno de los galanes, pregunta:

—¿Quiére el señor *pulicía* echarse un su traguito?

Pregunta inútil! Tentación! ¡Cómo le picaría la lengua al infeliz, trasnochador á la fuerza!

Aumentando el corro con una tal personalidad, sigue la fiesta su curso, brevemente interrumpido.

Y música y trago, y *tonada* y trago, y *dicho* y trago, acabando el del orden público por *mamarse* él también, echar á los demonios la vigilancia, y recordar, guitarra en mano, admirado por el *selecto* auditorio, alguna que otra *tonada* de los buenos tiempos de la juventud ya fenecida.

Y así sorprende el alba á la banda tro-

vera, que se retira con los primeros sonrojos del cielo, no sin dejar en el campo más de algún trofeo: dos borrachos perdidos, que roncan estrepitosamente, como un fuelle de fragua, durmiendo la *mona* casi sepultos entre el polvo, mientras que algunos *chuchos* hambrientos les olfatean.



INDICE

— —

	Páginas
Dedicatoria	5
Página del mes de Mayo.....	7
La Culebra	14
Los "Momentos" de San Salvador.....	19
A la hora en que cae la tarde	27
La Velación de San Jerónimo.....	30
Sonando el último vals	42
La Serenata.....	49



A LA VILLE DE PARIS

CHEVIOTTE VICUÑA, negro y azul, elegante género para vestidos de hombre

SACOS DE LINO BLANCO, forma militar para caballeros

PAÑUELOS BLANCOS DE LINO, y pañuelitos con ruedo negro para luto.

CORONAS FUNEBRES

en una variedad de clases.

¡CANCA!

SEDAS ESCOCESAS, nuevas, de bonitos dibujos, colores, á \$1.25 la vara.

Ascoli Hnos. &. de Sola.

San Salvador, octubre 7 de 1901.

Librería y Papelería Francesa
DE
Italo Durante y Cia.

Portal Plaza de Armas.

Libros de toda clase, útiles de escritorio,
merinos.

Farmacia de León Sol y Cia.

Gran Importacion de Drogas y Productos
químicos. **VENTAS** por mayor y menor.

Gran Peluquería y Perfumería

EL COMERCIO

Gran surtido de

Corbatas, Camisas, Cuellos,
Puños,

Cepillos de toda clase y
otros artículos.

Surtido general de

PERFUMERÍA

francesa, inglesa y americana.

SAN SALVADOR.

L. C. Gonzalez.



Gran Fotografía Instantánea

SAN SALVADOR—C. A.

10a. AVENIDA NORTE, ANTES CALLE DE MEJICANOS,
FRENTE A MANCÍA VARELA

.....
Esta casa goza de mucho crédito dentro y fuera de la capital

Retratos de todas clases y tamaños

El taller está montado con las indispensables condiciones para el buen resultado de los trabajos, no afectando en nada los días nublados para tomarse fotografías.

Se usan los últimos procedimientos

MANUEL D. CHÁVEZ

Biblioteca Económica

FRANCISCO A. GAMBOA, EDITOR.

San Salvador, C. A.

Colección de los mejores autores nacionales y extranjeros. Se publican 3 volúmenes por mes. Valor de cada volumen, **un real.**

(\$0.12½ CENTAVOS)

SF ES860

A495a

I.-055393

Ambrogi, Arturo

Al agua fuerte.

er.

